

HORA INTERNACIONAL

Las relaciones mundiales, durante los meses de enero y febrero de 2002, giraron en torno a dos procesos importantes: la profundización del debate entre los partidarios de la globalización liberal y los críticos de la misma, y el endurecimiento de la política norteamericana en un sentido unilateralista y hegemónico. En los planes regionales, se observó con preocupación la agravación de crisis, tensiones y violencias en América Latina y en el Medio Oriente.

DEMETRIO BOERSNER

Dos foros, dos posiciones

Simultáneamente, en la semana del 31 de enero al 4 de febrero, se celebraron dos grandes foros internacionales sobre el porvenir socioeconómico del mundo. En Nueva York se reunió el foro económico mundial de Davos, que anualmente suele congregar a gobernantes, magnates, académicos y publicistas de las esferas cercanas al poder establecido, y al mismo tiempo, se efectuó en Porto Alegre, Brasil, el segundo encuentro del "contra-foro" al que acuden los teóricos y activistas de la crítica al sistema imperante.

Los unos y los otros se apartaron de posiciones extremistas y, por ello, ha surgido la esperanza de que paulatinamente se pueda desarrollar un diálogo más o menos institucionalizado entre estos representantes de una nueva versión de la lucha social e ideológica entre el capitalismo y las fuerzas nucleadas en torno al trabajo, a la exclusión social, y a la búsqueda de un modelo estructural alternativo.

En el campo del foro de Davos se ha acentuado la percepción de las deficiencias del actual proceso globalizador. Hombres como el Premio Nóbel Joseph Stiglitz, y el financista y filántropo George Soros, aunque defensores de la economía de mercado y la empresa privada, rechazan la creencia en una benéfica "mano invisible" y abogan por la aplicación de regulaciones y orientaciones públicas, nacionales e internacionales, para corregir los excesos y abusos del poder financiero particular. Al mismo tiempo, se muestran deseosos de dialogar con el bando radical y de buscar posibles puntos de coincidencia.

La gente de Porto Alegre, por su parte, prohibió esta vez la participación en sus deliberaciones de elementos extremistas, violentos y provocadores. Organizaciones guerrilleras, grupos de "acción directa", tirapiédras y gritones que desacreditaron algunas de las manifestaciones y reuniones realizadas anteriormente en contra de la globalización neoliberal, esta vez no fueron invitados, y a algunos que acudieron sin invitación, se les trancó la puerta. Prevalcieron en el foro los representantes de corrientes laboristas, socialistas, ecologistas, pacifistas, feministas y humanistas de todo tipo, adversarios de un sistema basado en el lucro y protagonistas de nuevas formas de organización social solidaria, combativos pero no violentos.

Esas evoluciones saludables de parte y otras, abren la esperanza de que las grandes e inevitables confrontaciones sociales mundiales puedan encauzarse por vías de síntesis entre el conflicto y el consenso: formas de enfrentamiento que no excluyan la posibilidad del diálogo y de los pactos.

Arrebatos de soberbia unilateralista

Antes de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, el presidente Bush y su gobierno se habían mostrado desafiantes y soberbios en su nacionalismo unilateralista. Estados Unidos proclamó su interés nacional como único criterio para la determinación de su política exterior, denunció el tratado antibalístico de 1972, inició la creación de un escudo propio contra misiles, rechazó el protocolo de Kyoto y el proyecto de corte penal internacional, y de manera general dio a conocer su menosprecio del principio del multilateralismo en las relaciones internacionales.

El duro golpe recibido el 11 de septiembre pareció, inicialmente, haber inducido al gobierno norteamericano a reconocer en mayor grado su interdependencia con una comunidad mundial que, a través de la inmensa mayoría de sus países miembros, además de la ONU, le ofreció su solidaridad y cooperación inme-

diatas y casi irrestrictas para combatir al terrorismo. Desde septiembre hasta el final del año, la potencia predominante pareció aceptar la idea de que sus grandes decisiones debían ser consultadas con sus múltiples amigos y aliados.

Sin embargo, los pronunciamientos del presidente Bush y de sus colaboradores durante los primeros dos meses del nuevo año, indican un retorno al unilateralismo arrogante. A la vez que ratificó la voluntad de construir el escudo nacional antibalístico, Estados Unidos está insistiendo en una visión maniqueísta del acontecer mundial: quien no está a su lado, pertenece al bando contrario. Es evidente que confía en las armas como medio casi exclusivo para ganar la guerra contra el terrorismo, olvidando la importancia de las medidas políticas y sociales. En lugar de tratar de dividir a quienes, en el marco del Islam, pueden ser clasificados como clericales o fundamentalistas, los está uniendo en su contra. La calificación de Irak, Irán y Corea del Sur como "eje del mal" y posibles blancos futuros de operaciones militares norteamericanas, no puede sino tener efectos contraproducentes. Irán, en particular, está dividido entre un bando conservador cada vez más débil, y una corriente liberalizadora dirigida por el presidente Jatami con apoyo popular mayoritario. Al atacar a "Irán" en su conjunto como presunto enemigo y adalid del "mal", Bush se está colocando en el mismo plano que el difunto ayatolá Jomeini y el actual ayatolá Jamenei y, aparentemente, dándoles la razón. Su pronunciamiento debilita a Jatami y a los reformistas, cuyas esperanzas de paulatina normalización de las relaciones con Occidente se ven frustradas por la intransigencia estadounidense. Otro error garrafal fue el de colocar a Corea del Norte en la lista "satánica" en el preciso instante en que ese país se está abriendo ideológicamente y ha abierto contactos esperanzadores con Corea del Sur. El presidente de Corea del Sur, Kim Dae Jung, ya ha reclamado este error a su colega norteamericano, y el señor Bush (interesado en las buenas relaciones con los coreanos del sur) ha tenido

que rectificar un tanto su actitud belicosa hacia el régimen comunista del norte.

Con este retorno a la intransigencia y al unilateralismo, evidentemente el gobierno de Washington está debilitando su alianza con los países europeos occidentales. Ya Francia ha criticado abierta y severamente las actitudes prepotentes del gran aliado trasatlántico. También los demás países miembros de la OTAN dan señales claras de que su apoyo al líder de la guerra antiterrorista mundial comienza a dejar de tener carácter "irrestringido".

Esa evolución resulta lamentable desde el punto de vista de pueblos como el venezolano y el colombiano que, realmente, se sienten amenazados por factores terroristas locales y regionales. La unidad internacional antiterrorista nos interesa, y miramos con preocupación la tendencia al debilitamiento de la misma por actitudes equivocadas del poderoso Estado que debería dirigir y orientarla con tacto y espíritu de cooperación multilateral.

América Latina en crisis

Desde el punto de vista económico, nuestra región se ha convertido en objeto de preocupación mundial, debido a la incontenible crisis argentina. Después de las graves deslices de la época peronista en el sentido de un populismo dispendioso e inflacionario, Argentina (primer dictatorial y después democrática) ha venido aplicando recetas económicas neoclásicas, que afectaron a las clases trabajadora y media por los ajustes del gasto social y laboral, y resultaron en una transferencia de recursos hacia los sectores de alto ingreso. Al mismo tiempo, con la falsa ilusión de estar amparado por el mecanismo de la "caja de conversión", el país siguió incrementando su endeudamiento externo. Finalmente, el proceso de deterioro económico y social alcanzó niveles desastrosos: mientras el pueblo desesperado tomaba las calles, el gobierno y los bancos dejaron de pagar sus obligaciones internas y externas. Argentina quedó en quiebra como país. En el espacio de quince días, dos presidentes renun-

ciaron y el tercero, Eduardo Duhalde, realiza esfuerzos desesperados para apaciguar a su propio pueblo y al mundo exterior. Evidentemente, la crisis argentina afecta al vecino Brasil y a los demás miembros y asociados de Mercosur, y en un primer momento se temió un posible "efecto dominó" que acabaría por hundir en el abismo de la depresión económica y del caos financiero al continente sudamericano entero. Sin embargo, Brasil, bajo la dirección sagaz del excelente estadista y gestor socioeconómico que es Fernando Henrique Cardoso, ha logrado mantener el equilibrio de sus ingresos y egresos, sin dejar de satisfacer las necesidades sociales más perentorias, y también los demás países de la región han resistido al primer embate del "mal argentino".

La segunda gran crisis de la región es política y social, y avanza del norte hacia el sur, mientras la crisis financiera se mueve en la dirección contraria. Se trata de la ampliación de los focos de violencia de Colombia hacia los países vecinos de esa nación. El "proceso de paz", que el democrático y sincero presidente Andrés Pastrana viene impulsando desde hace más de tres años, ha llegado a su fin. El fracaso se debe principalmente al hecho de que el bando guerrillero nunca concibió el proceso más que en términos tácticos, como medio para mejorar su posición política, adquirir una base territorial, engañar a ingenuos y captar simpatías internacionales. Para la guerrilla, la lucha armada se ha convertido en su modo de vida, su razón de ser. Bien provista de fondos provenientes del narcotráfico, y esperanzada de que alguna vez en el futuro llegará al poder por las contradicciones y el esperado colapso del bando "oligárquico" o "burgués", la guerrilla estimaba que tenía todo el tiempo del mundo para negociar sin verdadera intención de llegar a acuerdos. Además, desde diciembre de 1998, sabía que contaba con simpatías y con discretos apoyos por parte del régimen del presidente Hugo Chávez Frías en la vecina Venezuela: es un hecho cierto que, desde la década de los años ochenta,

existen planes conjuntos de las extremas izquierdas leninistas de ambos países para resucitar la Gran Colombia sobre bases revolucionarias, y gradualmente extender el ámbito de la "liberación nacional" y de la aproximación al socialismo autoritario por toda la América del Sur. El Foro de Sao Paulo, agrupación regional de movimientos de izquierda radical, acogió y apoya este concepto estratégico. El aporte venezolano sería el logro de un apoyo castrense al proyecto, y el comienzo de su realización bajo el amparo de un caudillo militar carismático, nacionalista de izquierda con simpatías hacia la línea leninista-cheguevarista.

El ataque terrorista efectuado contra Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001 ha puesto en guardia a la superpotencia y desbaratado los planes estratégicos de la guerrilla colombiana y de otros promotores de un proyecto izquierdista autoritario. Durante los años de gobierno del presidente Clinton, en Washington prevalecía la noción de que "no había que repetir los errores cometidos ante Castro y Cuba", y que convenía mostrarse tolerantes ante arrebatos "revolucionarios" que a la postre podrían resultar inofensivos y puramente palabreros, y hasta servir para apaciguar o ablandar a las irritadas masas populares. El presidente Bush heredó esa idea y la hizo suya, hasta que la provocación criminal de Osama bin Laden le cambió su visión del mundo.

Ahora, a los estrategas norteamericanos ya no les cabe duda de que la guerrilla y el narcotráfico colombiano forman un solo conjunto que – junto con los paramilitares de extrema derecha – es catalogado como parte del terrorismo internacional al que se le ha declarado la guerra. Seguramente se instalará y se fortalecerá en los próximos tiempos una presencia militar norteamericana en el noroeste de Sudamérica.

El Presidente Chávez en la mira norteamericana

Como parte de ese cambio en la percepción estratégica norteamericana, se ha vuelto severamente crítica la actitud de la Casa Blanca, del Departamento de Estado, del Pentá-

gono, y de la mayoría del Congreso hacia el presidente Hugo Chávez. Su discurso radical ya no es catalogado entre las meras travesuras, sino se le mira como indicio de "hostilidad". Por otra parte, el vehementemente rechazo mayoritario que la población venezolana manifiesta hacia su gobernante, indica a Estados Unidos, que en Venezuela existe una crisis de gobernabilidad que no puede dejar indiferente a la primera potencia del hemisferio. Por ello, existe la urgente necesidad de que los venezolanos busquemos una rápida solución democrática a nuestra crisis política nacional.

DEMETRIO BOERSNER

DR. EN CIENCIAS POLÍTICAS. ENVIADO DE VENEZUELA

